

## Los héroes griegos de las lecturas juveniles

Carlos García Gual

*¡Ah, cuando yo era niño  
soñaba con los héroes de la Iliada!  
Ajax era más fuerte que Diomedes,  
Héctor, más fuerte que Ajax,  
y Aquiles el más fuerte. Porque era  
el más fuerte... ¡Inocencia de la infancia!  
¡Ah, cuando yo era niño  
soñaba con los héroes de la Iliada!*

**A**ntonio Machado evocaba así, a muy larga distancia de años, ecos de sus primeras lecturas de la epopeya homérica (el breve poema forma parte de «Proverbios y cantares», en *Nuevas canciones*.)

Ignoro si habrá muchos lectores de hoy con ensoñaciones parecidas. Me temo que, en competencia con otras lecturas y, sobre todo, con series televisivas de hazañas bélicas más galácticas, los grandes héroes griegos se hayan quedado marginados o del todo ignorados en el imaginario de muchos jóvenes. (O incluso, en los casos peores, resucitados en versiones «actualizadas», *made in USA* o en Japón. En ellas el famoso Hércules reaparece reconvertido en un campeón gimnástico y musculoso, un Rambo prehistórico, rodeado de bellas amazonas y renovados monstruos, y Ulises va tripulando una nave espacial errante en los más pintorescos ámbitos interestelares. El viejo mundo mítico queda hecho trizas en estas mascaradas de series televisivas sin el más mínimo respeto histórico o literario.<sup>1</sup>)

Pero todavía persiste la invitación a la lectura temprana de los viejos textos míticos, bien en los poemas homéricos traducidos, bien en algunas adaptaciones especialmente atractivas, y muchas veces muy bien ilustradas. Todavía quedan, sin duda, lectores muy jóvenes que pronto se sienten atrapados por la magia de la antigua fantasía y la fascinación de esa antigua mitología y esa literatura. Me gustaría recordar, a este propósito, algunas de las mejores versiones, diseñadas con especial cuidado para primeros encuen-

---

<sup>1</sup> Valga como ejemplo un episodio entrevisto casualmente en un rápido *zapping*. En una serie televisiva de aventuras de Hércules, el héroe, acompañado nada menos que por el mago Zaratustra (!), salvaba de unos típicos bárbaros destructores de libros los textos predilectos de un viejo maestro de escuela: las obras clásicas, no sé si en papiro o pergamino, de Homero (!), Sócrates (!!) y Ovidio. (He ahí una muestra de referencias tan antihistóricas como las de la serie cómica de los Picapiedra.)

tros con los antiguos héroes, y a la par con los antiguos dioses y diosas helénicos. Ciertas adaptaciones para jóvenes lectores tienen una larga tradición, especialmente en el mundo británico. Grandes autores ingleses han escrito algunas de las más exitosas. Es interesante señalar que se han traducido y editado recientemente en atractivos formatos. Podemos poner como ejemplo *Las aventuras de Ulises*, del romántico Charles Lamb, un texto escrito hacia 1808, ahora traducido y reeditado por Alba (Barcelona, 2001), o *La guerra de Troya*, en el ágil recuento del poeta y novelista Robert Graves (El Aleph, Barcelona, 2002).

Junto a estas versiones de hace años hay otras más recientes, igualmente cuidadas en su recreación de los grandes relatos épicos, teniendo muy en cuenta, en un lenguaje actual y con estilo fresco, a ese público de jóvenes lectores. Me parecen excelentes, por ejemplo, las adaptaciones de la *Iliada* y la *Odisea* de Rosemary Sutcliff, con los títulos de *Naves negras ante Troya* y *Las aventuras de Ulises*, muy bien ilustradas con modernos dibujos de Alan Lee (Vicens Vives, Barcelona, 1997 y 1998). Sin duda podrían encontrarse muchos otros ejemplos en esa misma línea.

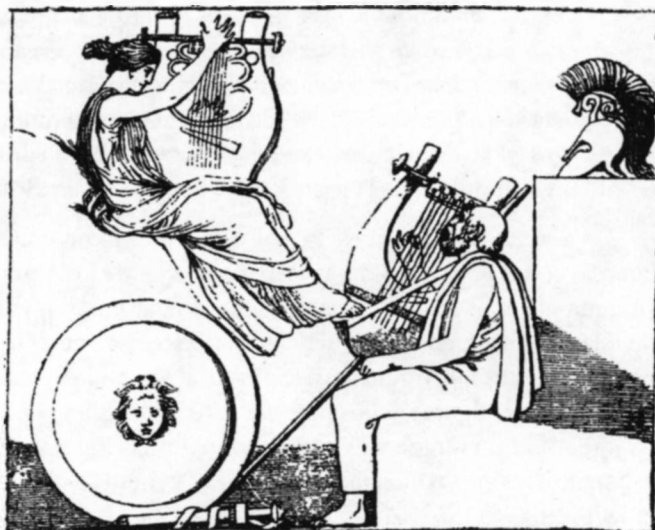
Son también interesantes las reediciones de repertorios de mitología griega especialmente dirigidos a un público juvenil. Esos resúmenes mitológicos para un primer acercamiento al mundo maravilloso de los dioses y los héroes pueden ser de distintos niveles. Recuerdo, entre estos manuales mitológicos para principiantes, una estupenda serie, con textos muy claros y magníficas ilustraciones, que Anaya editó hace algunos años. Para lectores más avanzados, porque tiene muchas referencias a los reflejos literarios posteriores, quisiera destacar el brillante libro de Thomas Bulfinch *Historia de dioses y héroes* (Montesinos, Barcelona, 1990, reeditado hace poco). El texto de Bulfinch (que vivió entre 1796 y 1867) tiene para el lector español un ligero inconveniente: sus muchas referencias literarias remiten a la literatura clásica inglesa, riquísima desde luego en ecos de los mitos griegos. (En el ámbito británico Homero ha sido siempre un autor predilecto y continuamente traducido.<sup>2</sup>)

## 2

No es, por tanto, casual que algunos de esos textos para jóvenes procedan del mundo británico, como el recién citado, que es de la época victoriana. Por entonces en Inglaterra se estudiaba mucho a los autores griegos y había en las capas más refinadas de la sociedad victoriana, y no únicamente en los ambientes académicos, un fervor extraordinario por los textos e imágenes del mundo antiguo.<sup>3</sup>

<sup>2</sup> Véase la antología de George Steiner *Homer in English* (Penguin, Londres, 1996).

<sup>3</sup> A quien se interese por el tema puedo recomendarle los libros amenos y eruditos de Richard Jenkyns, *The Victorians and the Ancient Greece* (Blackwell, Oxford, 1980), y Frank M. Turner, *The Greek Heritage in Victorian Britain* (Yale University Press, New Haven, 1981).



En ese ambiente victoriano hay que situar otro libro que fue muy popular en Gran Bretaña, pero que no sé que haya sido traducido al castellano: *The Heroes*, de Charles Kingsley (1856). Es, a mi parecer, un buen reflejo de la mentalidad con que los lectores victorianos, en la sociedad británica de hace siglo y medio, se acercaban a la mitología heroica griega, remota y admirada. Me gustaría recordar aquí sus párrafos iniciales para destacar cómo, dirigido a lectores muy jóvenes, refleja un modo de ver a los griegos como magníficos ejemplos de audacia y de nobleza, según patrones de la época. Con un sentimiento de lo clásico que se ha ido perdiendo, pero que no estará de más recordar. Traduzco el comienzo:

*Mis queridos niños:*

*Algunos de vosotros ya habéis oído algo de los viejos griegos; y todos vosotros, conforme os hagáis mayores, oiréis más y más de ellos. Los que sois muchachos emplearéis, tal vez, una gran parte de tiempo leyendo libros griegos; y las chicas, aunque no puedan aprender griego,<sup>4</sup> se encontrarán con muchos relatos sacados de la historia griega, y verán, yo diría que cada día, cosas que nosotros no tendríamos si no hubiera sido por esos viejos griegos. Difícilmente podréis encontrar un libro bien escrito donde no haya nombres griegos, y palabras, y proverbios griegos; no podéis pasear por una gran ciudad sin encon-*

<sup>4</sup> Se daba por descontado que las chicas no iban a la Universidad ni aprendían griego. En *El molino junto al Floss*, de George Eliot (la novelista que estudió griego por su cuenta), el joven Tom dice: «I learn Latin too. Girls never learn such things. They are too silly». (El griego aún era más para chicos que el latín.) Sobre el estudio del griego y las muchachas, cf. Jenkyns, o. cit., pág. 63 y sigs.

*traron con edificios griegos; no podéis entrar en una sala bien decorada sin ver estatuas y ornamentos griegos, incluso modelos griegos de muebles y de estampas; tan extraordinariamente han dejado esos viejos griegos su marca tras de sí en este mundo en que nosotros ahora vivimos [...]. [Sigue el texto, rememorando el influjo de los griegos en las ciencias, las leyes, y «el lenguaje común de la gente educada de todo el mundo, desde Persia y Egipto hasta España y Britania».]*

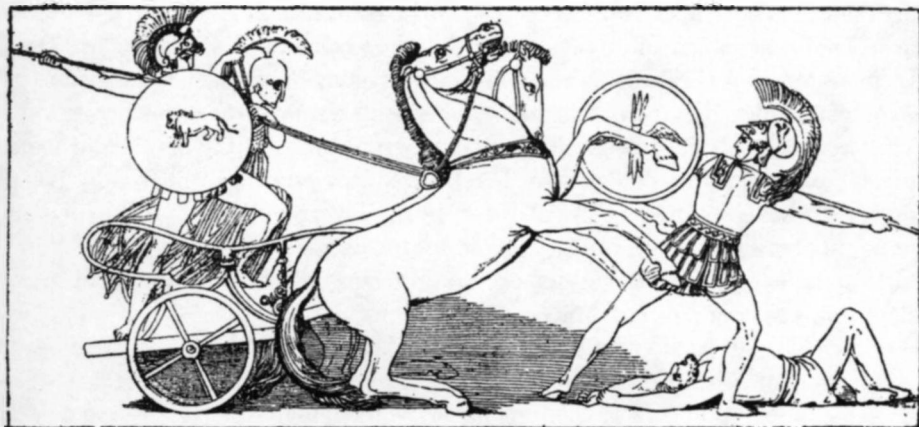
*Los héroes* relata, en un estilo ágil y muy propio de una novela de aventuras, tres famosas gestas míticas: las hazañas de Perseo, las de los Argonautas y las del rey Teseo. (Algunas de estas tramas las han vuelto a contar más por extenso, en forma de novelas, Mary Renault, en el caso del mito de Teseo, y Robert Graves, en *El vellocino de oro*, en el de Jasón y los Argonautas). Se escribieron en la época victoriana muchos otros libros sobre las figuras de los héroes de los mitos griegos para adoctrinar a un público juvenil. El de Kingsley es, por su tono, un curioso ejemplo de relato hábilmente adaptado a los gustos de semejante público, y como tal tuvo gran éxito y luego muchos imitadores.

### 3

Probablemente el texto más difundido en Europa sobre los mitos griegos, con destino a un público joven, fue durante mucho tiempo el de un poeta y escritor alemán de la época romántica, Gustav Schwab (1792-1850), *Sagen des Klassischen Altertums*, traducido a menudo como *Las más bellas leyendas de la antigüedad clásica*. Esta obra, que como se apunta en una reciente edición, «ha gozado siempre de una merecida popularidad y ha sido considerada como un medio excelente para introducir a jóvenes y adultos en los vericuetos de la mitología clásica», tiene un claro objetivo didáctico y un buen estilo para contar en clara síntesis los argumentos de los mitos antiguos. Lo hace sin la carga de erudición que acompaña a otros manuales de mitología de consulta académica, más precisos y detallados, y con remisión a las puntuales fuentes antiguas (como los de Graves, Grimal, Kerényi, Gantz, etc.).

La última versión castellana del texto de Schwab, titulado *Dioses y héroes de la Grecia antigua*, ha aparecido en la Editorial Juventud, en el año 2000, con excelentes ilustraciones de Ángel Domínguez y en una adaptación (sobre la traducción de F. Pallarols) de José Manuel de Prada. Me parece un volumen muy atractivo, que conserva el aroma poético del original alemán, aunque retocado en muchas expresiones y recordado un tanto, sin duda para darle un aire más ligero y actual.

Me gustaría citar su comienzo. Resulta bastante original, pues que el relato (en español, no en el original alemán, que habla antes de los dioses olímpicos) empieza con la creación del hombre por Prometeo. Dice así:



*Cielo y tierra habían sido creados; el mar se mecía en sus orillas y en su seno juguetaban los peces; en el aire cantaban, aladas, las aves; pululaban en el suelo los animales. Pero faltaba aún la criatura en cuyo cuerpo pudiera dignamente morar el espíritu y dominar desde allí todo el mundo terreno. Apareció entonces en la tierra Prometeo, vástago de la vieja estirpe de los dioses a los que Zeus había destronado, hijo de Jápeto, que lo era de Urano, nacido de la tierra. Prometeo estaba dotado de gran ingenio. Sabía que en el suelo dormitaba la semilla del Cielo; por eso tomó la arcilla, la humedeció con agua del río, la amasó y modeló con ella a un ser a imagen de los dioses, señores del Mundo. Para dar vida a este amasijo creado por sus manos, pidió a las almas de todos los animales cualidades, buenas y malas, y las encerró en el pecho del hombre. Entre los olímpicos tenía una amiga, Atenea, diosa de la sabiduría, quien, admirada de la obra del hijo del Titán, infundió en la figura semianimada el espíritu, el hálito divino.*

Este párrafo tiene cierta calidad poética, y apunta algunos ecos de poemas antiguos. Pero, a un lector familiarizado con los textos clásicos, no deja de sorprenderle. También un viejo griego hallaría aquí varios matices extraños, como la alusión a la «creación» del cielo y la tierra, que suena un tanto bíblica. Y luego esa creación del hombre, que no es un tema clásico. En efecto, este relato inicial da una imagen desenfocada de Prometeo, que en las versiones griegas más antiguas —Hesíodo, Esquilo, Platón— *no es el creador del hombre*. Prometeo, según Hesíodo, empieza por actuar como mediador en la separación *in illo tempore* entre dioses y hombres, dando por sentado que unos y otros ya existían mucho antes. La idea de que Prometeo fabrica a los seres humanos, y el modo de hacerlos, está copiada de la forma en que el dios Hefesto modeló del barro a *la primera mujer*, Pandora, en el relato épico de Hesíodo. (Esa versión tardía se encuentra ya en autores latinos, como Higino, en algunos relieves de sarcó-

fagos de la era cristiana y también en Luciano de Samósata, ya en el siglo II d. C. Más tarde, ese Prometeo creador reaparece en Goethe y otros autores románticos.) Detalles menores, como la alusión a «las almas» de los animales también son extraños en el contexto mítico griego. Evidentemente, el redactor este texto, G. Schwab, quiso ofrecer una versión del mito adaptada al gusto de sus lectores, de muchos jóvenes alemanes que, tal vez por lecturas de Goethe y de textos bíblicos, estaban familiarizados con la idea de un dios que hizo del barro al primer hombre. Pero esa idea del divino demiurgo no está ligada, ni en un principio ni en los textos más clásicos, al Prometeo orginario, aunque éste fuera desde siempre un protector de los humanos, un esforzado filántropo y gran impulsor del progreso.<sup>5</sup>

He citado este pasaje para indicar cómo en las adaptaciones de los mitos —que deben tener en cuenta varios motivos antiguos y combinar a menudo textos diversos— late a menudo el riesgo de ofrecer una imagen muy simplificada o en exceso modernizada de los personajes y motivos originales, en un intento de facilitar su comprensión y estimular la simpatía. Esos riesgos deben acaso contarse como pequeños costes de la adaptación a moldes juveniles. Pero, frente a ellos, es justo recordar que esas adaptaciones ágiles sirven para una etapa de iniciación a la mitología y la literatura. De ningún modo debemos menospreciar el papel de esas versiones para niños, aunque hemos de recordar que su más noble función es la de invitar a la lectura de los auténticos textos clásicos, facilitando el acercamiento a los poemas homéricos, y, en un horizonte más amplio, a la literatura griega antigua, a la que la mitología ofrece su inagotable repertorio temático y su fascinante trasfondo.

## 4

Pierre Vidal-Naquet, uno de los más destacados helenistas franceses actuales, ha publicado hace poco un libro dedicado a sus nietos: *El mundo de Homero: Breve historia de la mitología griega* (traducido por María José Aubet; Península, Barcelona, 2003). Comienza el prólogo recordando sus primeros contactos con los griegos:

*Cuando yo era niño, en París, antes de la guerra de 1939, tenía un libro que recogía las leyendas de la guerra de Troya y de sus consecuencias. Comenzaba con la historia del pastor Paris y la elección que tuvo que hacer entre tres diosas —Hera, Atenea y Afrodita—, a la hora de entregar una manzana con una inscripción que rezaba «a la más bella».*

<sup>5</sup> Véase, sobre el desarrollo del mito, los textos que cito y comento en mi libro *Prometeo: mito y tragedia* (Hiperión, Madrid, 1980). Y para una visión extensa, panorámica y más reciente, el de G. Luri *Prometeus* (Trotta, Madrid, 2001).



El libro contaba, de principio a fin, la materia de Troya y los viajes de Ulises. Vidal-Naquet, a sus ocho o nueve años (nació en 1930), sacó del atractivo libro una falsa idea:

*Yo creía que la historia de la guerra de Troya se contaba en la Iliada de Homero, y que el regreso de Ulises era el tema de la Odisea, del mismo poeta.*

*Sobre este último punto no me equivocaba. Pero poco después de aquel primer contacto, mi abuela paterna me regaló una traducción francesa de la Iliada. Primero pensé que el librero que le había vendido aquel libro le había tomado el pelo. Porque el relato comenzaba cuando Troya ya llevaba sitiada más de nueve años, y terminaba sin mencionar para nada el Caballo de Madera, con las palabras siguientes: «Así terminaron los troyanos los funerales del valerosísimo Héctor, domador de caballos».*

Tan curiosa vivencia infantil podría hallar muchos paralelos. En efecto, la Iliada no cuenta toda la guerra de Troya. Sólo enfoca los sucesos de cincuenta y un días del décimo año de asedio, y relata con detenimiento los de cinco o seis días. Y no refiere ni cómo empezó la larga guerra ni cómo acabó. Los antiguos griegos ya sabían toda la historia, puesto que conocían el desarrollo del mito. Homero se limita a relatarnos con honda poesía «la cólera funesta de Aquiles» y sus consecuencias trágicas, y evoca generosamente como marco o contexto el escenario de la lucha por Troya. De ahí que esos libros para niños que cuentan toda la materia troyana, desde el juicio de Paris hasta la conquista mediante el caballo de madera, y luego todas las andanzas de Ulises y demás héroes, incluyendo acaso las de Eneas, cumplan una excelente función de

iniciación en los temas del mundo homérico. De este modo, cuando el joven se encuentra con los textos auténticos de la *Iliada* y la *Odisea* ya sabe quiénes son los héroes de los poemas y conoce el entramado de las aventuras.

Vidal-Naquet concluye su prólogo así:

*En este libro me gustaría tratar de haceros partícipes, lectores de todas las edades, del placer que me han deparado, que siempre me deparan, estas dos epopeyas, y contar lógicamente algunos de sus episodios, pero también situarlos en su contexto, en el espacio y en el tiempo. Habré logrado mi propósito si, después de que me hayáis leído, sentís deseos de sumergiros en el texto íntegro, ya sea traducido o, todavía mejor, en su versión original.*

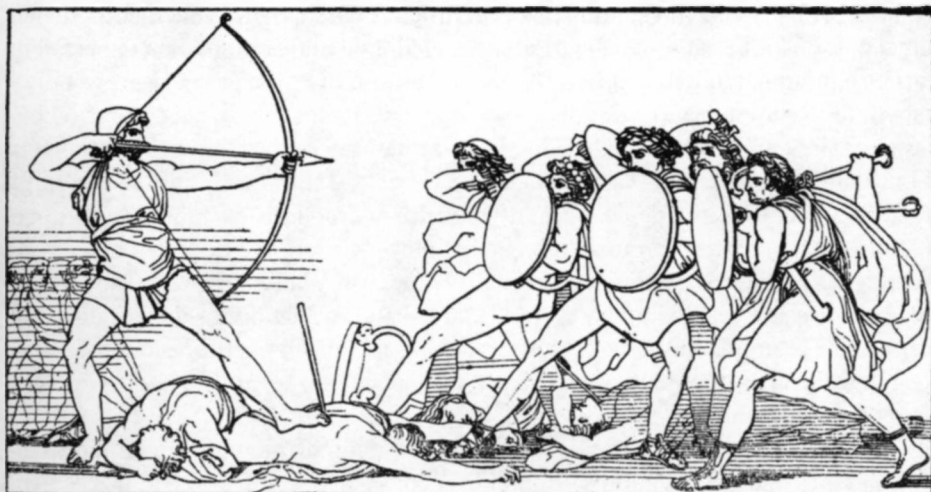
## 5

La lectura de la *Iliada* y la *Odisea* en una traducción actual suele ser, en mi opinión, una experiencia imborrable, normalmente, de la infancia o la temprana juventud, tan impresionante resulta el encuentro, aun con un texto que no conserva el ritmo musical ni el aroma poético del griego. (Y puede serlo aun cuando la versión no sea directa, sino indirecta. Recuerdo con gran cariño la primera que yo leí, de niño, que era la versión de Germán Gómez de la Mata, traducción de la versión al francés de Leconte de Lisle, con los dibujos de Flaxman, creo que editada por la Editorial Prometeo, en una colección muy popular). Pero ahora tenemos en castellano, y en catalán también, excelentes versiones de los poemas homéricos.<sup>6</sup>

La *Iliada* resulta, en general, de lectura más ardua que la *Odisea*. Es una epopeya bélica con muchísimas escenas de combate y numerosos personajes, pues no sólo están los grandes héroes, sino también los «pequeños combatientes» evocados en el momento de morir a manos de un guerrero más fuerte —son unos trescientos en los dieciséis mil versos—, a los que el poeta recuerda por un momento antes de dejarlos caer en la sangre y el polvo. Predominan las escenas de muerte y de furia en la arcaica epopeya, tan trágica. Pero la guerra no es, en la visión homérica, algo tan siniestro y tan inhumano como en nuestro mundo tecnológico actual. Tiene un aire de feroz deporte y de sangriento atletismo. Alberga siempre, detrás del resonante choque de las armas y el coraje, un rastro conmovedor, que evoca sufrimientos y pasiones humanas. El poeta no inventa ni celebra la guerra, sino que nos recuerda cómo ésta pertenece a la realidad humana, brutal y desgarradora, pero de una trágica grandeza. (Algo muy lejano a las guerras de aniquilación de seres humanos indefensos y anónimos por las espantosas

<sup>6</sup> No es ésta la ocasión de dar más datos sobre dichas versiones. Quien se interese por ellas puede ver la lista que reseño en la «Introducción» a la *Iliada* y la *Odisea* (traducidas por E. Crespo y J. M. Pabón), editadas, frente a los textos griegos, en la Biblioteca de Literatura Universal (Espasa, Madrid, 2000).





máquinas de destrucción de los tiempos actuales.) Pero, entre las escenas de batalla, hay otras de memorable humanidad e intensa ternura, como la despedida de Héctor y Andrómaca o el encuentro final de Príamo y Aquiles, abrazados junto al cadáver de Héctor.

La *Odisea* es, ante todo, un gran relato de aventuras. Deja atrás la tremenda y arcaica estructura de la épica heroica y nos acerca a un ámbito casi novelesco, con sus variados episodios y personajes, con numerosas e inolvidables figuras femeninas (Penélope, Circe, Calipso, Nausícaa, Helena, Euriclea) y algunos tipos nobles por su carácter y no por estirpe, como el porquerizo Eumeo. Y con su multifacético héroe, el viajero Ulises, que viene de Troya y ha de pasar por el Hades al volver a su pequeño reino de la isla de Itaca. Sería difícil señalar, en toda la literatura occidental, un relato con más aventuras que la *Odisea*, o un héroe más astuto que Ulises.

Y, por otra parte, conviene recordar qué bien nos cuenta sus aventuras él mismo, tan buen narrador como aventurero curioso. Y quiero subrayar un detalle más. En los resúmenes de la *Odisea*, en esos libros iniciáticos de los que hablábamos al comienzo, tanto en *Las aventuras de Ulises*, de Charles Lamb, como en la recreación más reciente de Rosemary Sutcliffe, el viaje de Ulises se cuenta en línea recta y orden cronológico. Comienza cuando el héroe, después de su invención del caballo de madera y la destrucción de Troya, zarpa de las costas de Asia, y concluye cuando llega, diez años después, a su añorada Itaca, con el rencuentro con Penélope y Telémaco, y luego la feroz matanza de los pretendientes. Todo acaba con el merecido *happy end*, tan de rigor aquí como en los cuentos de hadas. Pero la estructura narrativa de la *Odisea* de Home-

ro no sigue ese curso directo. En ella es el propio Ulises quien, a mitad de la trama, en el país de los Feacios, toma la palabra en medio de un festivo banquete para contarnos él mismo, tan hábil en narrar como en escabullirse, sus peripecias. Los episodios de las aventuras marinas de Ulises se presentan relatados en primera persona (como las narraciones más fabulosas de la literatura fantástica europea, las de Luciano en la Luna, Sindbad el marino, Dante en la *Divina Comedia*, Gulliver en las novelas de Jonathan Swift y el trolero tedesco barón de Münchhausen en sus cuentos). Así son más emotivos y sugerentes, con una ambigüedad muy característica de lo fantástico. Los resúmenes modernos que intentan contar el itinerario fabuloso de esos viajes de forma más directa y sencilla no hacen justicia a la habilidad fantástica de narrador que caracteriza al protagonista de la Odisea, un sutil mentiroso en la ocasión oportuna. (En la Odisea hay dos grandes narradores; y uno es, y esto acentúa el interés del relato, el propio Ulises).

Homero es mucho más antiguo, pero sorprendentemente parece más moderno casi siempre que sus imitadores. Resulta fácil constatarlo al releerlo con placer y sin afanes eruditos. Se ha dicho que la *Odisea* es más moderna que la *Iliada* (lo es, sin duda, en muchos aspectos, aunque también, a la par, más antigua, porque en algunos aspectos el *folktale* es anterior a la épica). También se señala que resulta más femenina, asimismo con buenas razones. Se presenta, sin duda alguna, más novelesca y más versátil, como su héroe, con más matices psicológicos en sus figuras y sus múltiples escenarios. Por ello ha dejado, como es bien sabido, muchos más ecos a lo largo de la tradición literaria europea, y especialmente en la modernidad (hasta la extrema parodia novelesca de James Joyce). Pero para los amantes de la épica pura y dura, de cualquier edad, los héroes de la *Iliada* son tan inolvidables, arrumbados en los sueños de la infancia, como lo son los monstruos y las magias del mar, el vinoso ponto del asendereado Ulises.

Carlos García Gual

Ilustraciones de John Flaxman, para la *Iliada* y la *Odisea*. S. n. 1805.